



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III 1.º de marzo de 1890 Núm. 122

## LOS NIÑOS DE TURQUÍA



ESCUELA TURCA



## UN RATO DE CHARLA

**D**ÍGASE lo que se quiera, el Carnaval no lleva trazas de decaer en lo *sustancial*: lo que hay es que va desapareciendo de las calles, pero resarciéndose en cambio en el interior de los palacios, teatros y casas de alquiler. A lo menos así ha sucedido en Barcelona.

La retozona Terpsícore no se ha dado punto de reposo, y hasta ¡oh cambio de los tiempos! ha *asaltado* el templo de Minerva, prestando dulce encanto con los ecos de las danzas al recinto donde acuden á libar el néctar de la instrucción las solícitas abejas escolares.

Una observación hay que hacer, sin embargo, en lo que voy diciendo, y es que la gente que más culto ha rendido á la Musa susodicha ha sido la de la *alta aristocracia* (la *baja* no parece por ninguna parte) y la de la mesocracia. La otra clase, es decir, la que va en tercera, se ha divertido poco, á lo que se ve.

¡Y aun dirán los malhumorados que no vamos perfectamente bien! ¿En qué otro país que no fuese España habría encontrado la pizpireta diosa tantos adeptos, dispuestos á bailar en honor suyo?

Pero, hablando ahora en serio, ¿creéis que es conveniente que la gente de dinero invierta crecidas sumas en favorecer el lujo? ¿Creéis que lo que se gasta en costosos trajes y ricas joyas contribuye á mejorar la situación de las clases trabajadoras? ¿Creéis, en una palabra, que conviene que haya lujo?

Pues estáis en un solemnisimo error. No, no, no: no conviene que haya lujo.

—Y ¿por qué no conviene? ¿Porque es V. un oso y no le gusta fa-  
rolear?

—No, camaradas, es por otra cosa: es por el principio de economía política de que «la demanda de productos no implica una demanda de trabajo»; es porque el dinero gastado en objetos de lujo se distrae de la remuneración de jornales. Verbigracia: La señora de un fabricante de paños ha gastado mil duros en encajes. ¿Qué sucedería si no los hubiese gastado? Pues, en primer lugar, su marido tendría mil duros más de capital y podría invertirlos en aumentar su producción, esto es, en pagar más salarios; y, en segundo lugar, el fabricante de encajes invertiría la parte de capital que tenía que dedicar á servir el pedido de la señora del fabricante en otra industria ó negocio, transfiriendo el capital de las encajeras á otros obreros. Por manera que en lugar de mil duros habría dos mil que invertir en pagos de salarios y no se mermaría el fondo destinado á éstos. Si no hubiese tanto lujo, si no se consumiesen tantos capitales de una manera improductiva, no mermaría tanto la riqueza del país.



Esta es la verdad, pero, á pesar de todo, seguirá la gente diciendo: *¡Viva el lujo y quien lo trujo!*, que es un refrán tan falso como la mayor parte de los refranes. Mañana, por ejemplo, viene la moda de no llevar más joyas: no por eso habrán de morir de hambre los plateros, pues dedicarán su capital á otra cosa. Siempre será preferible que los capitales sean consumidos por obreros que causen una *reproducción* de riqueza que no por aquellos que sólo son consumidores y no producen aumento en el capital de un país.

Y hé ahí á donde quería yo ir á parar al hablaros de los lujosos bailes que se han celebrado en Barcelona, pues en sí me trae perfectamente la cosa sin cuidado.

Es preciso pensar en estas cosas, porque cuando seáis mayores no será la política la que os dé quebraderos de cabeza, sino la cuestión social, de cada día más grave. Ved al emperador Guillermo II obligado á preocuparse hondamente del movimiento obrero alemán, mientras llega la hora en que tengan que preocuparse por lo mismo otros jefes de Estado. Esta conducta del joven monarca prusiano merece los mayores elogios, y, como ha dicho muy bien el cardenal Manning, ningún soberano de estos tiempos ha realizado una obra tan meritoria como la de Guillermo al dedicar toda su atención al mejoramiento de la condición del proletariado.

Esto es lo que importa y no las patochadas de los politicastros de todo pelambre que nos prometen montes y moreras y una vez incluidos en la nómina se les da una higa que la gente emigre ó se muera de hambre.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



Coplando el «Corán».



## MAJADERÍAS

HACE muy pocos días salía yo de una iglesia, cuando, al detenerme en su atrio para tender la sombrilla, llamó grandemente mi atención un rótulo de cristal negro colocado en los balcones de un piso bajo. Insensiblemente leí la inscripción que en letras de oro se destacaba sobre aquel fondo de centelleos de azabache; y como me resultase una majadería de primera fuerza, á pesar de que los caracteres eran más que regulares, temiendo que mi miopía me hubiese hecho traición, pasé á la acera opuesta, y al pie mismo de los citados balconcillos volví á leer lo que tanto había llamado mi atención. No me había engañado: lo que había leído, escrito estaba. En aquel rótulo se leía lo siguiente: *Colegio de niños distinguidos...*

Hay frases que le paralizan á uno las ideas, y esto me ocurrió en aquel instante. Al percibir su reacción, lo primero que me pregunté fué:—¿Niños distinguidos? ¿Cómo serán?—A seguida recordé el colegio de Valldemía, donde se han educado príncipes, hijos de grandes de España, de banqueros, de burgueses, de artistas; niños, en fin, pertenecientes á todas las clases sociales. Recordé asimismo el de Carreras, Santo Tomás, Villar, Cisneros, Balmes, etcétera, etc., todos ellos modelos en su clase. Sin embargo, en los reglamentos de estos colegios no reza para nada la clase ni calidad de los niños que se admiten.

En cambio recordé asimismo haber leído alguna vez en los anuncios de la plaza de toros: *Cuadrilla de niños sevillanos*, y en los carteles de los teatros: *Compañía de niños saboyanos, de niños florentinos, de niños japoneses y de niños maravillosos* (los cuales deben ser muy superiores á los distinguidos).

Era preciso averiguar el alcance de aquel anuncio reclamo, y por las investigaciones que practiqué supe que es aquel un colegio... de párvulos (¡párvulos distinguidos es lo que hay que ver!), en el que únicamente se admiten veinticuatro alumnos, siendo condición precisa el que pertenezcan á familias distinguidas.

—Ya ve V.,—me dijo mi cicerone;—cada niño paga cinco duros: calcule V. si serán de casas principales.

El argumento no era muy convincente, ya que la superioridad de las personas y su distinción no estriba en lo que tienen sino en lo que valen. Además, que un niño haya nacido en cuna dorada no quiere decir, ni mucho menos, que sea un niño distinguido. Este adjetivo es sólo un mote adulador. Sus virtudes y sus defectos se irán desenvolviendo á medida que vaya desarrollándose; y de sus obras, de su comportamiento, de la conducta que observe, podrá deducirse si es un malvado ó un ser perfecto. Se ha visto, se ve, se verá todos los días, que hijos de familias opulentas van á morir en un hospital, y que hijos de padres miserables llegan á los primeros puestos y se labran una



fortuna. Es, pues, ridículo, espantosamente ridículo, hablar de niños distinguidos ó de niños vulgares. Los niños todos son iguales. Son como los botones de las flores: no puede apreciarse su perfume ni el matiz de sus colores en tanto sus hojas permanecen plegadas. El día que el capullo rompe en flor es sólo dable juzgar de su mérito.

En las estufas, en las *serres* de los palacios, se crían con los más exquisitos cuidados flores de raro y extraordinario valor. Basta, sin embargo, que los caloríferos tengan un grado más ó menos de la presión debida para que las plantas más hermosas se malogren, para que las flores más delicadas mueran antes de nacer. En cambio, entre malezas, expuestas á todos los rigores de la Naturaleza, nacen, se crían y se desarrollan flores ignoradas que se delatan por su exquisita fragancia, por su aroma sin igual. Así los niños, mis queridos lectores. La vanidad, la soberbia, es la estufa de que os he hablado: un niño nacido en las más favorables condiciones puede malograrse si, olvidado de sus deberes, se persuade de que su cuna y sus riquezas lo son todo; y un niño humilde y desvalido puede admirar con su ejemplo si ha sufrido con paciencia, con la abnegación debida, las primeras contrariedades que Dios le ha querido deparar. No os dejéis seducir ni arrastrar nunca por palabras vanas ni torpes majaderías. Que vuestros padres sean ricos y nobles no asegura que vosotros lleguéis á serlo; que hayáis nacido en la indigencia no os da derecho á desesperar del porvenir. Todos los hombres son hijos de sus obras. Según os portéis deberéis ser juzgados, y el que os juzgue es el que decidirá de vuestra distinción. Pero cuando seáis hombres: hablar de la distinción de un párvulo es insigne majadería.



Estudiantito turco

ANTONIA OPISSO

## ÷ NUESTROS GRABADOS ÷

### LOS NIÑOS DE TURQUÍA

**E**L *salam aleikum*. (La paz sea con vosotros.) Vamos á Constantinopla para visitar á los niños turcos de ambos sexos, y parece conveniente saludarlos al estilo oriental.

Podemos suponer que, después de vagar por Europa y de haber franqueado el Danubio y las oscuras aguas del mar Negro (Ponto Euxino), nos aproximamos por fin al famoso Bósforo. En nuestra travesía por aquel mar solamente



hemos visto una isleta, una mole pedregosa llena de reptiles de toda especie; mas al entrar en los estrechos encontramos otras dos, una en la parte de Europa y otra en la de Asia, que á veces parecen tocarse, y contra las cuales se estrellan las rompientes con tremenda violencia, lanzando al aire torrentes de blanca espuma.

Los antiguos creían que estas rocas, las Cianas, oprimían á todos los buques que osaban pasar entre ellas, haciéndolos pedazos, hasta que Orfeo, en la expedición de los Argonautas, encantólas con su dulce música y las fijó en su sitio para siempre.

Todo esto gracias á Orfeo y á su mágica flauta, pues aunque el paso no deja de ofrecer peligro, nuestro buque se desliza por él sin contratiempo, y nos encontramos en las aguas más tranquilas del Bósforo.

Numerosos delfines nos rodean, saltando fuera del agua tanto como pueden y mirándonos con inquietos ojos.

¡Ah, buenos delfines! Hemos oído hablar mucho de vosotros, se ha tratado de vosotros en poesía y en prosa, y se os ha visto en pinturas, retozando inocentemente entre las verdes olas del mar, rodeados de sirenas y de pequeños tritones que se encaramaban sobre vosotros; mas al observaros aquí, ya no nos recordáis la poesía mitológica ni las pinturas, sino aquella antigua estrofa en que un gigante dice:

¡Fi, fi, fo, fum!  
Sangre inglesa huelo aquí.  
Si encuentro uno, vivo ó muerto,  
de sus huesos haré pan.

Debe advertirse, sin embargo, que el delfín del Bósforo no es tan exclusivo en sus gustos como el gigante antiguo, pues trata á todas las naciones con laudable imparcialidad. Si pudiera hablar, ¡cuántas cosas no contaría sobre los festines que celebró en cadáveres de turcos y *giaurs*, de grandes políticos y esclavos, de criminales é infelices, de jóvenes y niños, que por una causa ú otra, ó por nada que valiera la pena, fueron atados en sacos y arrojados á las silenciosas aguas para no volver á salir de ellas!

Pero esto sucedió en tiempos pasados, aunque no muy distantes; y los delfines tienen algún motivo para considerarse abandonados, siendo esta la razón de que nos observen con mirada ansiosa, como si nos dijeran:—Los tiempos que corren son malísimos. Ahora no nos cae nada, y casi nos morimos de hambre. Arrojadnos algo de comer.

No, amigo delfín: tu tiempo ha pasado, y de esperar es que no vuelva. ¡Desvanécete con las crueldades que te alimentan! No tenemos empeño en que sigas nuestro buque tan de cerca, porque eres demasiado expresivo para que nos agrade tu compañía.

Al franquear el Bósforo, que, según dicen, debe su nombre á Ío, la cual, trasformada por la iracunda Juno en vaca, cruzó los estrechos á nado para



evitar las picaduras de un moscardón (*Bósforo* significa vado de la vaca), recordamos muchas cosas que hemos leído ú oído decir: vemos la roca de Ja-



Niños turcos comprando golosinas

son, la tumba de Hércules, inmensa mole de 60 pies de longitud por 5 de anchura; el lugar donde Godofredo de Bouillon contó su ejército de cruzados antes de marchar al Asia, y el punto en que Dario, rey de Persia, hijo de Histaspes, cruzó con sus huestes para ir á conquistar la Grecia.



En las suaves pendientes de las orillas hay magníficos palacios, parques, quintas, jardines, ruinas, castillos modernos, kioscos y viñedos; más lejos se ven extensos pinares; y en el agua innumerables caiques (botes) que se deslizan suavemente sobre la líquida superficie ó se hallan estacionarios en pintorescas bahías y caletas. Al pasar por una encontramos algunos niños turcos sentados en el fondo de un bote, mientras miran con indolencia á su *lala* (criado negro), que se entretiene en pescar.

Poco después damos vista á la primera de las siete colinas sobre las cuales, así como Roma, elévase la ciudad de Constantinopla. Allí está la inmensa media luna dorada que corona la cúpula de la mezquita de Santa Sofía; vemos centenares de esbeltos minaretes que se destacan bajo la celeste bóveda, y después más cúpulas de mezquitas y monumentos, que brillan á los rayos del sol; acá y allá hay grupos de oscuros cipreses, cuyas altas cimas parecen confundirse con las nubes; y al fin vemos ante nosotros la ciudad en toda su belleza, al dar la vuelta en el muelle del Cuerno de Oro con su espeso bosque de mástiles.

A los pocos momentos nos encontramos en la capital turca, que, así como otras muchas ciudades, lugares y casas, se ve mejor desde lejos, y á cierta distancia tiene un aspecto más agradable. Ahora que estamos en ella sufrimos una decepción: las calles son estrechas, las ventanas que á ellas dan están protegidas por barrotes, y el paso está interceptado en parte por grandes perros flacos, semejantes á lobos, que descansan perezosamente y no se mueven aunque reciban un puntapié del cristiano ú oigan el—*¡Uscht!* (—¡Fuera del paso!) del turco.

Se oye mucho ruido, y, sin embargo, en todo se nota un aspecto de pereza y descuido. El *sakka* (aguador) y el *hamal* (faquín) son los más ocupados; pero sus semblantes, así como los de todas las personas que encontramos, son graves y tienen una singular expresión inmóvil. Hasta el pequeño *pasha zad* (hijo del bajá), de siete años, parece contar ya cincuenta, al menos por su cabeza, y responde á los profundos saludos que se le hacen, con un ademán fatigado de condescendencia.

¡Ah! Por fin oímos las alegres voces de los niños. ¡Qué consuelo! Al mirar á nuestro alrededor vemos una alegre procesión que se acerca. Son algunos chicos que escoltan á otro más pequeño porque va por primera vez á la escuela. El niño monta un burro, y, como esta es una ocasión muy especial, sus compañeros deponen su acostumbrada gravedad y cantan y gritan al conducirlo á la escuela.

Esta última, por regla general, se halla cerca de una mezquita. Su disposición interior es bastante sencilla. Una tabla negra pende del techo por medio de cordones trenzados con fibras de palmera. Esta tabla es para los libros y las pizarras. Hay otra para los jarros de agua, y una para el *tschibuck* (pipa) del maestro, maquinilla de hacer café, etc. Una esterilla en el suelo, ó un diván apoyado en la pared, ó bien un globo, completan todo el mobiliario.





Un tiempo atroz

El *mallah* (hombre instruido), que viste un ropaje blanco flotante, cubriendo su cabeza el turbante de costumbre, está sentado en medio de la esterilla ó en el diván con las piernas cruzadas. Los niños, en postura semejante, for-



man semicírculo, y mientras estudian balancean su cuerpo hacia atrás y adelante, porque se cree que este movimiento ayuda á la memoria. Todos leen sus lecciones en alta voz y á la vez, de modo que el ruido se oye á cierta distancia.

El maestro tiene en la mano una caña de palmera muy larga para poder recordar á cualquiera de sus discípulos, sin la molestia de levantarse, que ha cometido alguna falta.

El libro usado es el *Corán* (el libro sagrado de los turcos, cuyo sentido literal es leer ó ser leído), y espérase que el chico estudioso sacará una copia ó lo aprenderá de memoria. Un poco de escritura, menos aritmética, y menos geografía aún, si es que la enseñan, completan la educación.

«*El homdú Ald.* (Ensalzado sea Alá.) Aprender mucho es una herejía,—dice el profeta.—Todo cuanto conviene saber está contenido en el *Corán*.»

Pero no es cosa fácil enseñar á un niño turco ni siquiera esto.

«No hagas nunca hoy lo que puedas dejar para mañana,» es la máxima de todos los turcos. Y el padre, por regla general, es demasiado indolente para obligar á su hijo á ser industrioso.—*Tschodschuck istemior ne japaim.* (El chico no desea aprender. ¿Qué puedo hacerle yo?)—exclama cuando le motejan.

Así sucede que muchos chicos de la ciudad y del campo apenas saben leer, y pronto olvidan lo que aprendieron. (Hasta hace poco no se creía necesario que las niñas aprendiesen.) Cuando un muchacho sabe el *Corán*, aunque solamente lo repita como un loro sin apreciar su sentido, sus orgullosos padres celebran el acontecimiento vistiéndole de gala y dándole un ejemplar del libro con las cubiertas llenas de bordados para que vaya á visitar á los amigos y á recibir sus felicitaciones.

La descripción de la escuela ó del sistema de educación, si tal puede llamarse, es común á toda Turquía. Pero los turcos han comenzado á comprender, sobre todo aquellos que han viajado por el extranjero, la necesidad de algo mejor, y se hacen grandes esfuerzos para fundar escuelas y perfeccionar la instrucción.

Algunos turcos envían ahora sus hijos fuera del país, y muchos tienen *hodschas* (tutores) para enseñarles en casa, contándose entre ellos ingleses y franceses. Las institutrices y otros auxiliares contribuyen á difundir la instrucción abriendo escuelas públicas, más propias para las exigencias de la época. Entre las principales figura el *Mekteb-i-Sultani*, el Liceo Imperial de Galataserail, que se ha convertido en Universidad.

Al sultán Abdul-Aziz corresponde el mérito de haber establecido ese colegio, cuyo local fué primeramente un cuartel, y más tarde escuela de medicina. Hállase situado en el punto más alto de Pera, y domina un punto de vista magnífico. El Bósforo baña el pie de la colina por un lado, y el mar de Mármara por otro. Desde allí se ven el Cuerno de Oro y las maravillas de Stambul, y á través de los estrechos divisase Scultari con sus grupos de sombríos cipreses, y las encantadoras islas del Príncipe.



El colegio se abrió en primero de setiembre de 1868. Allí se habla el francés y admítase á los chicos de todas las religiones, aunque el mayor número son adeptos del Islam. En ese colegio los muchachos pueden aprender si quieren; pero dicese que los armenios y los griegos son los que más se aprovechan de la instrucción.

El viernes es el domingo de los musulmanes; y como los niños lo pasan en su casa, iremos á reunirnos con ellos para ver lo que hay en el interior, puesto que desde la calle apenas se observa nada.

Cuando el niño turco sale (todos, en general, hasta el más pequeño, saben montar), debe dar *backschisk* (limosnas) repetidas veces á los numerosos mendigos, gritando á cada momento:—¡*Uscht!* ¡*Uscht!* á los perros que siempre estorban el paso.

Estos perros son muy útiles, y se les puede considerar como los barrenderos de la ciudad, pues hacen desaparecer todos los restos de basura abandonada en la calle de un día para otro, que seguramente infectarían la atmósfera. Y no solamente son útiles, sino también muy interesantes. Feos y escuálidos, son los verdaderos mendigos entre los perros, sin amos ni protectores que los aprecien. Diríase que han formado sus leyes propias, y no molestan á ningún otro de su especie que sepa respetarlos.

Cada uno de esos perros ocupa un lugar determinado, y no permite á ningún otro que lo comparta con él. Si se presenta algún perro extraño á la comunidad, síguenle y le observan de cerca. Si se sitúa en algún sitio que no tenga dueño ó que esté desocupado, no se le molesta; mas si coge algo de comer por el camino, ó trata de usurpar el sitio en que otro se ha estacionado, arrójanle de allí sin miramientos.

El muchacho turco no pega nunca á esos animales. Limitase á gritarles:—¡*Uscht!*, y hasta su caballo se desvía á un lado ó salta por encima para no hacerles daño ninguno. La religión del turco le prohíbe matar al más pequeño insecto; y aun los bajás y los beys, para quienes hasta hace poco no era nada cortar la cabeza á un esclavo desobediente ó arrojar niños al Bósforo, no matarían una mosca. Pero ahora nuestro escolar ha tenido tiempo suficiente para llegar á casa, donde su padre le da la bienvenida en el *selambik* (sala de recepción), y, después de haber dejado sus *peluchin* (zapatos exteriores) en la puerta, dirígese á ver á su madre y sus hermanos, que están en el *haremlík* (aposento de las señoras).

Tanto el *selamlik* como el *haremlík* tienen un mobiliario muy sencillo.



Cuna turca



Las paredes están pintadas de blanco, y el techo es de color rojo, amarillento ó azul. Hay divanes bajos y anchos, con muelles cojines apoyados contra la pared. En el suelo una esterilla ó dos. Algunos espejos y nada de pinturas ó estatuas, porque el *Corán* lo prohíbe.

Cuando el niño entra, su madre, la *Khanium Effendi* (título que corresponde al de Señora entre los franceses), corre á su encuentro.

—¡*Dschanum!* (¡Vida mía!)—exclama.—¡Cómo me alegra verte! ¡Fátima, Jussuf! ¡Venid! ¡Vuestro hermano ha llegado! Ten cuidado del niño *kuzum* (cordero mío).

Esta última recomendación es necesaria; porque si el niño que se mece no estuviera en su hamaca cerca de la ventana abierta, ó durmiendo en su curiosa cuna, parecería un paquete abandonado en el suelo.

Fátima y Jussuf llegan. Son preciosos niños, de largo y negro cabello, dispuesto en trenzas adornadas con perlas. En las familias ricas, aquéllas sirven también para engalanar el traje; mas en Turquía comienzan á escasear tales familias, y las perlas son más raras que en otro tiempo. Muchos de los



Niños turcos

niños turcos visten ahora á la europea, pero Jussuf y Fátima conservan aún su traje turco.

El chico lleva el largo *stambuli* (levita ó caftán), pantalón y fez (*tarbuche*). La niña viste el *shaluar* (calzón ancho), falda larga (*anteri*), cogida en los lados por un cinturón, y chapines bordados (*babuche*).

En nuestro grabado se representa un traje de otro estilo: la niña lleva vestido largo, sujeto en la cintura; el chico luce una pintoresca vestimenta, que consiste en pantalón suelto, chaquetilla corta y abierta, que permite ver la camisa bordada, y el fez en forma de turbante.

(Se concluirá)



## UN TIEMPO ATROZ

¡Qué horroroso nevasco,  
qué lluvia, qué huracán!  
Los pobres pajarillos  
de frío muertos van.  
En tanto, en su casita,  
cabe el ardiente hogar,  
escuchan esos niños  
rugir la tempestad,  
felices bajo el techo  
de sus buenos papás.



La niñera juiciosa

## LA NIÑERA JUICIOSA

Erase una mulatita  
que servía de niñera  
en casa de un hacendado  
poseedor de grandes tierras.  
Ella cuidaba á la niña;  
y un día que la arrapieza  
se le escapó allá muy lejos,  
echóla una reprimenda  
que es de creer hará efecto  
para que á hacerlo no vuelva.



## ENRIQUE Y EL PERRO

Amigo de los niños es el perro: | y como no lo ignora el buen Enrique,  
por más que se le hurga no se enfada; | al perro fiel le hace mil perradas.

## LOS JUGUETES DE JUANITO

¡Cuántos juguetes  
tiene Juanito!  
Ahí hay de todo:  
muñecos, libros,  
balas, pelotas  
y conejitos,  
perros, álbumes,  
cascabelillos,  
y hasta una bota

de su hermanito.  
Y, sin embargo,  
tal es el niño  
que aún más pide  
á grito herido,  
ávido el hombre  
de hacer añicos  
el Universo  
todo enterito.

## EL NIÑO DE URBINO

(Continuación)

Un día Giovanni Sanzio se aventuró á decir respetuosamente al signor Benedetto:

—Yo, en vuestro lugar, creo que habría escogido para mi hija, no al mejor pintor, sino al mejor mozo que hubiera podido encontrar; porque, dicho sea entre nosotros, con todo el respeto que os debo, no siempre los mejores artistas son la mejor gente, y en el hogar doméstico las virtudes más humildes son las que más precio tienen.

Entonces el signor Benedetto, que adivinaba muy bien á quien quería aludir messer Giovanni, se puso más serio que nunca y más tieso que de costumbre, y le respondió con mucho empaque:

—Lo que me conviene á mí es un buen artista, capaz de conservar la nombradía de mi taller. No tengo la vista tan buena como antes, y sería para mí una verdadera desesperación si Urbino quedase rezagado, cuando Pesaro, Gubbio y Castel Durante hacen mayores progresos cada día. Peor para Pacífica si es la hija de un grande artista.

El buen Sauzio, que no dejaba de ser un tantico socarrón, no pudo menos de sonreírse. Él, que era el amigo de Andrés Mantegna, no se creía obligado á doblar la rodilla ante la alta opinión que el maestro alfarero tenía de su propio genio.

—¡Pobre Pacífica!—pensó.—¡Si mi Rafael tuviera solamente diez años más!



No preveía el porvenir, el espléndido, el maravilloso, el incomparable porvenir que le esperaba á su joven hijo. Así no soñaba para él en nada tan hermoso como en la apacible vida de un pintor, en la vieja ciudad de Urbino, á la sombra de las murallas amadas del palacio de Montefeltro. Y durante aquel tiempo, ¿dónde pensáis que estaba Rafael? ¿Dónde imagináis que pasaba la mitad del día, á veces días enteros, y eso sin interrupción? Pues bien: en la buhardilla de Luca, delante de un plato y un vaso casi tan grandes como él. Cada uno de los discípulos del maestro Benedetto ocupaba una de esas



Enrique y el perro

buhardillas por sí solo. Gracias á esta circunstancia podía el buen Luca ofrecer hospitalidad al que llamaba su ángel. En cuanto al secreto que Rafael le había murmurado al oído, helo aquí:—Dejadme que pruebe de pintar el plato y el vaso.

Luca había resistido por largo tiempo á acceder al deseo de Rafael, y, sin el afecto y el respeto que le inspiraba aquel niño, se le habría ciertamente echado á reir. ¡Ved, amigos míos, al chiquillo Sanzio, un arrapiezo de siete años, pintando un plato y un vaso de mayólica, destinados á los Gonzagas de Mantua!

El niño le había repetido cien veces:—Dejadme probar.—No revelaría el secreto á nadie: sólo lo sabría Luca. Si no le salía bien, no sería muy grande el perjuicio: con pagar los dos objetos de faenza que habría echado á perder estaba listo. Precisamente guardaba dos ducados, bien suyos: dos ducados que le había regalado el duque el día que fué al taller de su padre á ver los bocetos de los frescos de San Domenico di Calli.

El niño mostraba tal confianza, y el pobre Luca estaba tan desesperado, que acabó por ceder.



—No lo haría yo mejor,—decía Luca mirando sus groseros esbozos con profundo descorazonamiento.—Sin embargo, con auxilio de los querubines á veces hacen milagros los santos.

—No será ningún milagro,—respondió Rafael, que le había oído;—seré yo y lo que el Divino Señor ha puesto en mí.

Desde aquel momento Luca le dejó hacer á su antojo. Pasaba todos aquellos deliciosos días del principio del verano encerrado en la buhardilla, estu-



Los juguetes de Juanito

diando, trabajando, frunciendo sus lindas cejas, sonriendo con tranquila satisfacción, según estaba contento ó disgustado de su trabajo. Precisamente en aquella época Giovanni Sanzio tuvo que ausentarse para ir á pintar un retablo en Cittá di Castello, y por primera vez en su vida alegróse el chicuelo de que partiese, porque messer Giovanni no hubiera dejado de notar las largas y frecuentes visitas de Rafael á la buhardilla, y, según toda probabilidad, le habría obligado á estudiar su latín y á hacer ejercicio por el campo. Su madre no le decía nada. Era harto dichosa con verle divertirse á su manera. Sabía que Pacífica quería mucho al niño y que nunca le pasaría nada malo en casa del signor Benedetto. Pacífica, por su parte, sorprendíase de ver á Rafael dejarla tan á menudo para correr á la buhardilla.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
Ancha de San Bernardo.  
 RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA